

**LA SOMBRA DEL RICINO ES ALARGADA.
FRACASOS, FRUSTRACIONES,
QUIEBRAS Y OTROS DESPERFECTOS**

DOLORES ALEIXANDRE PARRA*

Fecha de recepción: 10 de febrero de 2026

Fecha de aceptación y versión final: 16 de febrero 2026

RESUMEN

A partir de una lectura simbólica de los cuatro capítulos del libro de Jonás, el artículo recorre, desde claves bíblicas y espirituales, algunos aprendizajes que pueden iluminar la experiencia del fracaso: aceptar la propia fragilidad, desconfiar de las consignas que la niegan, mirar desde otra perspectiva las situaciones de crisis, reconocer las oportunidades que da la huida, redescubrir la oración, permanecer a la escucha.

PALABRAS CLAVE: fragilidad, irritación, huida, oportunidad, preguntas.

**THE CASTOR BEAN'S SHADOW IS LONG.
FAILURES, FRUSTRATIONS,
BANKRUPTCIES AND OTHER MISHAPS**

ABSTRACT

Based on a symbolic reading of the four chapters of the book of Jonah, this article uses biblical and spiritual insights to explore some lessons that can illuminate the experience of failure: accepting one's own fragility, distrusting the slogans that deny it, looking at crisis situations from a different perspective, recognising the opportunities that flight affords, rediscovering prayer, remaining attentive.

KEYWORDS: fragility, irritation, flight, opportunity, questions.

* Religiosa del Sagrado Corazón. Profesora jubilada de la Universidad P. Comillas. daleixandre@gmail.com.

Ricinus communis: planta arbustiva de la familia *euphorbiacea* de la que se extrae un aceite que en forma de purga espantosa nos suministraban a los niños y niñas de la posguerra. El profeta Jonás estuvo sentado a su sombra y, en principio, podría bastar esta aclaración sobre el libro pero como es mejor no dar nada por sabido, incluyo un breve resumen de lo que le pasó al profeta antes de sentarse bajo el ricino: recibe una orden de Dios que lo envía a Nínive para llamar a la conversión a sus habitantes pero él desobedece y toma un barco hacia Tarsis, en dirección contraria. Hay una tempestad, naufragan, y los marineros, para salvar sus vidas, tiran al mar a Jonás que va a parar al vientre de un gran pez. Después de tres días y tres noches, el pez lo vomita en tierra firme, recibe de nuevo la orden de ir a Nínive y gracias a su predicación, los ninivitas se convierten, hacen penitencia y practican un ayuno en el que participan los animales. A Jonás le irrita que Dios no castigue a los ninivitas que son gentiles e indeseables y reprocha a Dios que sea compasivo y se arrepienta de sus amenazas. Dios se interesa por su enfado pero él no responde, sale de la ciudad y se refugia a la sombra de un ricino que Dios ha hecho crecer. Interviene otra vez Dios secando el ricino y enviando un viento abrasador que provoca en Jonás el deseo de morir. Vuelve a hablar Dios explicándole los motivos de su compasión y la narración termina así, invitando a quien la lea a dar su propia respuesta.

Estas serían algunas conclusiones, sacadas de la experiencia de Jonás desde su merecida cátedra de Calamidades, Desdichas e Infortunios.

Viajamos sin seguro de naufragios

«No nos han expulsado de ningún paraíso. Siempre hemos estado fuera. Nuestra condición es la de las afueras y en las afueras la vida es difícil»¹. Difícil y llena de turbulencias, ya lo avisaba hace muchos siglos un salmista al describir con imágenes de navegación la aventura vital de Israel: «Se adentraron en naves por el mar... Mandó alzarse un viento tormentoso

1. J. M. ESQUIROL, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, Barcelona 2018, p. 7.

que hinchaba el oleaje. Subían a los cielos, bajaban al abismo, el estómago revuelto por el mareo. Rodaban y se tambaleaban como borrachos y no les servía de nada su pericia» (Sal 107, 21.27).

La alerta, tan sabia, invita a poner en cuestión esas “pericias” –estatus, destrezas titulaciones, seguros o sexenios– sobre los que descansa nuestra confianza y nos pone en guardia ante su probable inutilidad: posiblemente, cuando llegue alguna calamidad imprevista, se llevará todo eso por delante.

El autor del libro de la Sabiduría lo afirma sin rodeos: es una insensatez temeraria confiar en que si se invoca al dios adecuado y se dispone de una embarcación técnicamente perfecta, la travesía está asegurada (Cf Sb 14, 1-4). Y lo escribía bastante antes del hundimiento del Titanic.

Nos encantaría ser autosuficientes, inasequibles al desaliento, siempre en forma e inmunes al infortunio pero, de manera inevitable y casi siempre con fastidio, nos topamos con nuestra condición frágil, desvalida y expuesta a todo tipo de percances. Según el talante de cada cual, los describimos con términos de gradual intensidad: inconveniente, contratiempo, revés, frustración, fracaso, descalabro, desgracia, catástrofe... Y como nuestra escala de medición tiende a lo dramático, es una suerte poder contar con alguien que, al escuchar la narración pormenorizada de nuestros problemas, nos haga esa pregunta deletérea de una sola letra: “¿Y...?”

¿–Cómo que y...?, contesté sorprendida e irritada a una psicóloga amiga a la que había acudido buscando ayuda para superar un problema personal. Yo lo consideraba de gran importancia pero la implacable monolettra desmontaba la desmesura de mi percepción. Su consecuencia inmediata fue que lo que parecía un tifón de categoría 5, pasó a convertirse en débil llovizna tropical.

El humor tiene también efectos saludables sobre nuestros dramatismos y nos ayuda a tomar más conciencia de ser «constitutivamente *frustrables*» (L. Cencillo). Su efecto más constatable es que, al sobrevenirnos alguna contrariedad grave, desaparecen tanto el componente de extrañeza como las reacciones tipo: “¿–Cómo ha podido pasarme esto *a mí*...?” , “¿–Cómo podía yo imaginar que *algo así* podía ...?”.

Tanto en el relato de Jonás como en el salmo, la reacción de los navegantes es acertada: «Gritaron al Señor en su angustia y él apaciguó la tormenta en suave brisa y los condujo al ansiado puerto» (Sal 107, 29-31). Es la convicción serena que comunica el libro de la Sabiduría a quienes se saben navegando a bordo de una embarcación frágil:

«Es tu providencia quien la pilota, Padre,
que trazaste un camino en el mismo mar
y una senda segura entre las olas» (Sb 14,3)².

La propaganda de Tarsis es poco fiable

Tarsis no era un mal destino, tenía fama de divertida y opulenta (Is 23,6), su tráfico comercial era intenso (Jr 10,9) y a Jonás quizá le hubiera ido mejor allí que dando voces por las calles de Nínive. Las leyes del mercado suelen estar siempre más claras que las llamadas del espíritu y la promesa de una *buena vida* individual posee un infinito poder de sugestión. Para hacerla apetecible, la propaganda despliega su estrategia ocultando que, cuando no se respetan los límites, se viene abajo cualquier pretensión de vida buena, tanto personal como colectiva.

Sus argumentos son persuasivos y rotundos: “No te permitas dudas ni debilidades, tú eres un triunfador capaz de todo. Que nada te detenga, recuerda que el viento del Norte hizo a los vikingos. La eficiencia económica te hará vivir fuera de la precariedad: persíguela. Posees capacidad de control, no renuncies a ello, tu verdadera meta es ser tú mismo. No te pongas límites, acomoda tus creencias a tus sentimientos, sospecha siempre de tu oponente, mantén con firmeza tus ideas. Construye muros de frialdad que te eviten sufrir por lo que les pasa a otros: es inútil malgastar el tiempo con los perdedores, su problema no es el tuyo. No reprimas tus inclinaciones, déjate fluir. Tu verdadera meta es autorrealizarte, que nada

2. Es también esa la postura de ROSALÍA cuando canta: «¿Cuándo es la próxima vez que voy a fallar? Dios, estoy lista. Enséñame el camino para fallar de nuevo. Enséñame a fallar tantas veces que llegue a dominar el arte del fallo, y por ello seré magistral en intentar algo sin miedo».

te distraiga de ese objetivo. Sé tu propio empresario, no aceptes más autoridad que la de tus amigos de Facebook: gracias a ellos se harán visibles tus cualidades, serás reconocido y querido: conseguir su aplauso es el mejor de los éxitos. Viaja sin límites por los espacios virtuales, el metaverso te introducirá en experiencias alucinantes”.

Su banda sonora pone en guardia ante las opiniones y lecturas que despierten inquietudes y preguntas: “Evita leer autores tóxicos, son personalidades sombrías y agoreras, profetas de calamidades, obsesionados por poner en evidencia el lado oscuro de las cosas, empeñados en culpabilizarte y amargarte el disfrute legítimo de la vida. Plántales cara en su mismo lenguaje y diles: “-¿Aporófobo yo, que no fallo en dar limosna a los que piden a la salida de misa y soy lo bastante sensato como para excluir mi vida a quienes no tienen nada interesante que darme? ¿Xenófobo yo, que coincido plenamente con una de las mentes más lúcidas de este país y defiendo como ella que hay que recibir inmigrantes porque alguien tendrá que limpiar nuestras casas y recoger nuestras cosechas? ¿Frágil y vulnerable yo que, afortunadamente, no necesito depender de nadie?”.

Tarsis y sus arengas eran y siguen siendo *influencers* eficaces y los profetas intentan devolverles la conciencia de sí mismos y abrirles los ojos para que no caminen a ciegas: estáis tan aturullados que ya no sabéis si es de día o de noche, tan atrofiados, que no distinguís lo dulce de lo amargo, decía Isaías (5, 20-21). La ironía de Oseas es la más ácida: os habéis vuelto tan torpes que ni siquiera en el parto supisteis colocaros a las puertas del vientre de vuestra madre, tan tontos que ni siquiera de nacer sois capaces (Cf Os 13, 13).

Sus avisos son a veces sobrecogedores: «La muerte ha trepado por nuestras ventanas, ha entrado en nuestros palacios, ha barrido de la calle al chiquillo, a los mozos de las plazas» (Jer 9,20); «No saben que allí viven los muertos y son sus huéspedes en lo profundo del abismo»(Pr 9, 13-18).

Pero, entonces y ahora, siempre habrá algún descerebrado que comente: “A mí esas cosas tan cavernosas y tétricas de la Biblia me suenan a trucos de Halloween”.

Las ballenas no son lo que parecen

«¡Qué terrible es este lugar! Verdaderamente, el Señor estaba aquí y yo no lo sabía» (Gn 28,17). Lo que había dicho Jacob en Betel, podría haberlo repetido Jonás en el vientre del pez: lo que parecía una amenaza de muerte le había permitido seguir con vida.

Nuestra memoria creyente está poblada de antepasados tragados por ballenas de diversas especies tales como contratiempos, persecuciones, calamidades, contradicciones y fracasos: Sara, Rebeca, Raquel y Ana conocieron la humillación de la esterilidad; Moisés, después de guiar a su pueblo por el desierto, no pudo entrar en la tierra prometida; a Amos y a Isaías los silenciaron; Oseas, engañado por su mujer, fue acusado de loco y a Jeremías le quemaron el rollo de sus obras completas; Pablo de Tarso, después de elaborar el discurso más cuidado de su predicación, solo consiguió que los atenienses se burlaran de él diciéndole: «-Ya te oiremos en otra ocasión sobre esto» (He 17, 32-34).

De otros se recuerdan comportamientos vergonzosos: Abraham e Isaac ocultaron por miedo que Sara y Rebeca eran sus esposas aunque, al decir que eran sus hermanas, las exponían a ellas al peligro. Esaú perdió sus derechos por el capricho compulsivo de comerse unas lentejas; Jacob engañó a su padre aprovechando su ceguera; David y Jezabel, cada cual por su lado, urdieron tramas para liquidar a quienes se interferían en sus planes; Pedro después de prometer al Maestro fidelidad hasta la muerte, negó conocerle por miedo a una sirvienta.

Los autores bíblicos muestran una insistencia tenaz en rememorar los sufrimientos por los que pasaron los que nos precedieron: «Soportaron burlas y azotes, cadenas y prisiones; fueron apedreados, torturados, aserrados, pasados a cuchillo; llevaron una vida errante, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, desprovistos de todo, perseguidos, maltratados. errantes por los desiertos, por los montes, por las cuevas y cavernas de la tierra» (Hb 11, 36-38). Pablo continuará ese recuento de desdichas y enumera las palizas, azotes, naufragios, peligros, trabajos y fatigas padecidos (Cf 2Co 11, 24-31) aunque concluye: «De todo esto salimos victoriosos gracias al que nos ha amado» (Rm 8,17).

Muchos otros podrían sumarse hoy a esa enumeración: escaparon de su país por la guerra y se encontraron con Trump. Su cáncer derivó en metástasis por la chapuza de los cribados. Se quedaron en la calle cuando un fondo buitre compró sus pisos. Confiaron en aquel cura tan bueno y abusó de ellos. Llegaron creyendo que les esperaba un trabajo pero era el de prostituirse. Solicitaban asilo y dijeron de ellos que venían a delinquir. Solo aquel sótano en alquiler estaba a su alcance y llegó la riada.

Su voz de víctimas, tantas veces silenciada, emerge a veces con valentía: «Tal vez soy una mujer demasiado ambiciosa, pero me gustaría tener una palabra que enunciar», decía ETTY HILLESUM. «Si sobrevivimos a esta época ilesos de cuerpo y alma, de alma sobre todo, sin resentimientos, sin amarguras, entonces ganaremos el *derecho a tener voz* cuando pase la guerra».³

Son muchos los que, a lo largo de la historia, han ejercido su “derecho a la voz” y han dado testimonio de que en esas situaciones de derrota, han encontrado salida y lo mejor de sí mismos ha quedado “ileso”. Con frecuencia expresan sus experiencias de salvación a través de imágenes: recorrieron el desierto sin que se gastaran sus vestidos ni se hincharon sus pies (Dt 8, 2.4); encontraron anchura en medio del aprieto (Sal 4,2); escaparon del fango de la ciénaga (Sal 40,3); carecían de lo esencial para vivir –higueras, cepas, olivos o rebaños– pero se sentían caminando por las alturas (Hab 3, 17-18); huían de Dios y cuando llegaban al confín del mundo, allí estaba Él esperándoles (Sal 139,8).

Son textos marcados por un simbolismo de fuertes contrastes, como aquel «tener por bien los males» de Teresa de Jesús que hablaba de una misteriosa atadura capaz de transformar la el modo de encajar lo adverso:

«Oh nudo que así juntáis dos cosas tan desiguales,
no sé por qué os desatáis pues atado fuerza dais
a tener por bien los males».

Muchos hombres y mujeres hoy afirman haber vivido un cambio inesperado que les ha hecho “tener por bien los males” y encontrar gracia en

3. *El corazón pensante de los barracones*, Barcelona 2001, p. 98.

medio de la desgracia: “La pérdida que he vivido ha sido terrible, pero me ha forzado a un nuevo comienzo”. “La enfermedad ha sido devastadora, pero gracias a ella reconozco ahora en mí una fuerza que no creía poseer”. “He tenido que pasar por este fracaso estrepitoso para poder conectarme con los cimientos mi vida”. “Al fallarme las seguridades en las que me apoyaba, ahora vivo una vulnerabilidad que me vuelve más humano”. “Antes repetía de memoria: «Aunque pase por cañadas oscuras nada temo porque tú vas conmigo», pero ahora *lo sé*”.

Todos ellos participan de alguna manera en aquella experiencia de Jacob que, amenazado y fugitivo en medio de la noche, vio una escala que le comunicaba con lo alto: el «aquí» que parecía absolutamente cerrado, se revelaba de pronto como puerta abierta del cielo (Gn 28, 17).

Rezar es una salida de emergencia

«Las aguas me apretaban hasta ahogarme,
el abismo me envolvía, un alga se enredaba en mi cabeza (...)
pero tú sacaste mi vida de la fosa, Señor, Dios mío.
Cuando mi alma se hundía, me acordé del Señor,
y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo templo» (Jon 2, 6-8)⁴.

Si Jonás rezó desde el vientre de una ballena es porque otros lo habían hecho antes que él, también desde situaciones insólitas: Agar en el desierto agonizando de sed (Gn 21,15); Elías perseguido a muerte por Jezabel (1Re 19,); Judit en la tienda de Holofernes (Jud 13); los tres jóvenes envueltos en las llamas de un horno (Dn 3,25); Daniel desde el foso de los leones (Dn 6,23).

Toda la Escritura está plagada de hombres y mujeres que piden auxilio con llantos, desesperación o quejas y exigen explicaciones y consuelo.

4. Leyendo este texto en la parroquia de un barrio una mujer comentó: “Lo del alga enrollada en la cabeza es como cuando te has peleado con tu marido, el niño ha traído malas notas, se te ha quemado la comida y, encima, se estropea la lavadora”.

Algunos personajes de estas historias –los menos– encajan silenciosamente la embestida del dolor, pero otros muchos exigen Dios un cara a cara, una respuesta en la que dé cuenta del por qué de su sufrimiento o de su fracaso. No esperan hasta alcanzar actitudes anímicas supuestamente idóneas para rezar: se dirigen a Dios cuando se sienten agradecidos y también cuando están furiosos, claman a Él en las fronteras de la increencia, la rebeldía o el escepticismo, lo bendicen o lo increpan desde la cima de la confianza o desde el abismo de la desesperación.

Jonás está enfadado con Dios porque todo el sistema de creencias y aprendizajes que le daba tanta seguridad se ha venido abajo. Nada coincide con “lo de siempre” y el Dios que ahora descubre le desestabiliza y confunde: al Altísimo y Juez de toda la tierra no se le pueden conmovir las entrañas por esa gentuza ninivita. Arrepentirse de amenazas supone un desprestigio para el derecho canónico y ese sesgo compasivo presagia una deriva peligrosa que está llegando: parejas homosexuales con derecho a bendición, obispos y cardenales forzados a sentarse en círculo y a mezclarse con laicos, mujeres incluidas; un Prefecto de la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe que atiende por *Tucho*.

«Así que ya puedes, Señor, quitarme la vida, porque prefiero morir a seguir viviendo. El Señor le respondió: –¿Te parece bien enfadarte de esta manera? »

La pregunta se queda sin respuesta y Jonás deja a Dios con la palabra en la boca y sale de la ciudad. Es el mayor desolado silencio que Dios ha obtenido de una criatura, comenta Erri de Luca.

Hay huidas que acaban bien

«Por algo me apresuré a huir a Tarsis, porque sé que eres un Dios clemente, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal...» La sinceridad de Jonás es apabullante y a la vez que no oculta su enfado, reconoce su huida sumándose a otros fugitivos ilustres: Jacob, David y Moisés y también el hijo menor de la parábola. También Jesús se escapa-

ba a veces a la soledad y se quitó de en medio al saber que habían decidido darle muerte (Jn 11,54) y cuando iban a apedrearle (Jn 8,59)⁵.

La huida de Jonás había acabado en desastre: no había logrado llegar a Tarsis y de su aventura solo quedaba un plan frustrado y el sentimiento de cobardía que acompaña a quien huye. Muchos después de él calificarán como *huida* y *naufragio* su propio itinerario de fracaso y se lamentarán ante las ruinas de su imagen devastada.

Pero la narración no se detiene y acontece lo increíble: «Por segunda vez el Señor se dirigió a Jonás y le dijo: –Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y proclama allí lo que yo te diré»(Jn 4, 1-2).

Ni cuestionamientos, ni reproches, ni amonestaciones, ni dedos acusadores pidiendo cuentas. No ha pasado nada, Jonás o, mejor dicho, sí ha pasado pero ese Dios del que escapabas, vuelve a dejarte descolocado: seguía ahí, impertérrito, detrás de la puerta que le habías cerrado con un portazo, te esperaba en el puerto al que llegabas huyendo de su presencia. Lo tiene por costumbre y es reincidente: pregúntale a Jacob, cuando le decía a Dios, abrumado al sentirse envuelto en su ternura: «Soy yo demasiado pequeño para tanta misericordia y tanta fidelidad como has tenido conmigo» (Gn 32,11). Pregúntale al hijo que se fue, cubierto de besos, con un anillo en su dedo y vestido de fiesta (Lc 15, 22-24). Pregúntale a Pedro, reencontrando su relación perdida con el Maestro a la orilla del lago (Jn 21).

No te sigas defendiendo de un amor que no necesita razones, no sigas poniendo distancia del imán que te atrae, deja de lamentarte por tus equivocaciones y descalabros, ponte en pie con la fuerza del nuevo envío. Y aunque te parezca inexplicable, convéncete de que vuelves a ser enviado a Nínive no *a pesar de* que has huido, sino *precisamente por eso*. Porque solo ahora empiezas a saber algo sobre la misericordia.

5. «La huida pertenece a esa categoría que los antropólogos llaman *patrón de conducta*. Ante el entorno hostil se desencadena el ansia de huida, y esta conduce a su vez a la huida misma» (A. PAU, *Manual de Escapología. Teoría y práctica de la huida del mundo*, Madrid 2020 p. 17) Todos tenemos nuestro “puntos de fuga”: hay quien huye de las aglomeraciones, o del olor de tabaco, o de los anuncios, o del silencio, o del ruido, o de su comunidad, o de su familia política...

Es bueno sentarse y esperar

Según el evangelio de Lucas, la primera “acción autónoma” de Jesús fue sentarse: «A los tres días lo encontraron *sentado* en el templo» (Lc 2,46), y también recomendó a quienes iban a construir algo que se sentaran antes a echar cuenta de sus recursos (Lc 14, 28). Jonás se anticipó al consejo y en vez de quedarse en Nínive rumiando su enfado y su frustración, se alejó de la ciudad y fue a sentarse a la sombra del ricino (Jn 4, 5-8).

Una decisión sana y terapéutica: tomar distancia, darse tiempo para que cicatricen las heridas y se amansen las preguntas, situarse en otro ángulo de mirada, agudizar la vista para descubrir los relatos que nos están imponiendo sin participación nuestra sobre lo que es triunfar o fracasar, acertar o equivocarse. Según un *midrásh* Abraham, atormentado por su esterilidad, se dirigió a Dios diciéndole: “–He visto en las estrellas que no tendré hijos y el Señor le contestó: –¡Sal de tu horóscopo y sitúate por encima de los cielos y del sol...!”⁶.

Por eso importa tanto ser conscientes de a quién entregamos “el poder del relato” sobre lo que ocurre y nos ocurre. Desde la cruz, Jesús construye el suyo: «Todo está cumplido». Su lectura suena a demencial teniendo en cuenta su situación: condenado por una calumnia, clavado en una cruz a la que solamente iban a parar esclavos y bandidos, derrotado, solo y acusado de pretender una realeza de la que siempre había huido.

Pero para descubrir eso que « se ha cumplido» hay que permanecer en la noche, esperar, aguantar el lento transcurrir de sus horas. «Mi más íntimo convencimiento es que nada se pierde completamente, nada se desvanece, todo se custodia en algún tiempo y algún lugar. Lo que es imagen del bien y tiene valor, permanece, aunque nosotros dejemos de percibirlo». Lo escribía Pavel Florenski, sacerdote ortodoxo, filósofo y matemático desde el

6. Algo así recomendaba JUAN DE ÁVILA a una dirigida suya afligida por sus faltas: «Corred de aquí en adelante vuestra carrera con ligereza y lo que escarbáis en vuestras miserias, escarbadlo en su misericordia y sacaréis de ello más provecho que de lo primero». (Carta 139, *Obras Completas*, BAC, Madrid 1952, p. 747).

Gulag soviético⁷. Estaba dando crédito al relato del Génesis que asegura que la luz se abre paso en medio de la oscuridad y permite descubrir el verdadero rostro de las cosas.

En el relato de Jonás también Dios permanece pacientemente a la espera después de haber puesto en marcha sus estrategias que desarman al profeta:

«Jonás, a punto de desvanecerse, se deseó la muerte diciendo: –Prefiero morir a seguir con vida. Entonces Dios le dijo: –¿Te parece bien enfadarte por ese ricino? Jonás respondió: –Sí, me parece bien enfadarme hasta la muerte».

El plan ha logrado su propósito: Jonás conoce ahora lo que es encariñarse insensatamente, apegarse a algo, sufrir su pérdida, rozar las fronteras de la vida y de la muerte. Ya está mejor dispuesto para entender algo de lo que le ocurre a Dios:

«Tú sientes compasión de un ricino que tú no has hecho crecer, que en una noche brotó y en una noche pereció, ¿y no voy a tener yo compasión de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas que aún no distinguen entre el bien y el mal, y una gran cantidad de animales?».

La pregunta, poderosa y envolvente, se adentra en la interioridad de Jonás y busca despertar en él el asombro: ¿Estará coincidiendo con Dios en su apego irremediable por cualquier criatura? ¿Qué misteriosa complicidad es esta con Alguien tan vulnerable como él?

Isaac de Nínive, allá por el s. IV, hablaba de un «amor de descenso», del incomprensible empeño de Dios en bajar en búsqueda nuestra, de descender en Cristo hasta el *sheol* último de toda criatura y reconstruir desde ese abismo el tejido de las relaciones rotas.

¿Lo consiguió con Jonás? El relato queda en suspenso, quizá porque forma parte de las costumbres de Dios esperar nuestro consentimiento para abrirse paso a través de las grietas abiertas de nuestras heridas.

7. P. FLORENSKI (1882-1937), *Cartas de la prisión y de los campos*, EUNSA 2020, p 19.